

cronistas de la generación de 1880 y retratar el ascenso, el ocaso y la quintaesencia de la oligarquía porteña que digitó las coordenadas políticas, económicas y culturales de la Argentina.

Asimismo, los veintitrés relatos o capítulos de *Aquí vivieron* también giran en torno a un lugar, pero esta vez de los alrededores de Buenos Aires (San Isidro), por donde transitan personajes variopintos que desencadenan situaciones posibles e inimaginables acaecidas entre 1583 y 1924. Por este paraje pasan o se quedan conquistadores, se realizan rituales extraños bajo un clima de superchería africana o aborígen. Viven asimilados y marginales, gobernadores que se transforman en monstruos, señoras crueles y supuestamente adúlteras, coleccionistas enamorados de sus objetos de culto; a él llegan forasteras que vienen a corroer la abulia de la vida matrimonial y desatan pasiones de toda suerte. Historias disímiles, amalgamadas, sin embargo, por una misma atmósfera, un mismo tono que les da carácter unitario.

El segundo volumen recoge con el título de *Cuentos dispersos* primeras narraciones del autor, algunas de ellas escritas a los 18 años, en las que ya se perfilan sus temas favoritos, aquellos que se sostienen gracias a las agudas observaciones sobre los tics y sofisticaciones de la clase social a la que Manucho pertenecía. Buenos ejemplos son los

cuentos «Ubaldo» y «La divina Sarah», donde este incipiente Oscar Wilde rioplatense muestra, con ciertas dosis de crueldad tamizada de ironía, un mundo aburguesado que se precipita en la irrealidad, incluso en la locura, como sucede en «Palomba».

Otro de sus libros encadenados es *Crónicas reales*. Pero aquí la mirada está puesta en las cortes europeas de una zona geográfica imprecisa, próximo al Mar Negro. Doce relatos en los que Mujica Lainez nos revela, en clave de humor, su versión desmitificadora de la Historia y de sus héroes para recordarnos que todas las épocas estuvieron pobladas de seres débiles y ridículos, de moralistas sin moral, de farosantes y sicarios.

En *El brazalete y otros cuentos* retoma una de sus constantes narrativas, la de elaborar relatos a partir de un misterio o de un factor que subvierte lo convencional para emerger o derivar en otro orden. Por su estilo, quizás uno de los más brillantes de estos nueve cuentos sea «El brazalete», que nos descubre el carácter fatídico de un objeto capaz de determinar toda una vida. De índole similar es «El retrato», que da cuenta de las continuas visitas del autor a las mansiones en ruinas, donde un cuadro, otra vez un objeto, ejerce una inquietante fascinación.

Su último libro publicado en vida es el que reúne doce cuentos bajo el título de *Un novelista en el Museo*

del Prado, unidos en torno a un lugar, aunque ya no se trate de una ciudad o área geográfica, sino un museo, el más emblemático de Madrid. En ellos vemos lucirse a un Manucho poseedor de una rica visión sobre la plástica; recordemos que fue durante varias décadas crítico de arte del diario *La Nación*, donde dio a conocer por primera vez muchos de los relatos que hoy se publican en *Cuentos completos*. La pinacoteca del Prado servirá, por tanto, de plataforma para el novelista-narrador. Los personajes de estas ficciones son seres inmateriales que surgen de las obras pictóricas de Veronese, Durero, Velázquez, Goya, Rubens, Tiziano y otros grandes artistas para representar historias de alianzas o rupturas en una suerte de danza nocturna en la que no faltan damas filantrópicas y héroes cansados, vírgenes en procesión y gladiadores feroces. En «El Emperador», relato que cierra el volumen, Carlos V, el amo del mundo, entra a galope en el cuadro de Brueghel el Viejo, llamado «El triunfo de la muerte», con el propósito de «desafiar a la Muerte, y mostrarle que ahí también era el amo». Del cuadro saldrá cabizbajo y con una presencia inexorable, la de la propia muerte que iguala a todos y a todos vence tarde o temprano.

Como si de un edificio inteligente se tratara, buena parte de los cuentos de Mujica Lainez son construcciones integradas. Cada puerta da a

un gran salón en el que seres vivos, fantasmas y objetos inanimados actúan y celebran sus ritos, se miman o se destruyen, son otra cosa y la misma, siempre profundamente alterados. Piezas contiguas y, algunas de ellas, perfectas, producto de un escritor clásico en cuanto a las formas, como ya advertimos, pero que hizo una literatura de imaginación, aun cuando abordó con entusiasmo la crónica. Éste es su mayor mérito y aquí está, indudablemente, lo sustancial de su obra.

Reina Roffé

Otras lunas*

Hasta la concesión del XXVIII Premio Ciudad de Burgos a *Otras lunas*, Jordi Doce era más conocido por sus ediciones críticas y traducciones de la poesía de Paul Auster, Ted Hughes, T.S. Eliot y William Blake, además de sus asiduas colaboraciones en revistas literarias españolas y mexicanas, primero desde Oxford y ahora de nuevo desde España, que por su propia obra poética. Pero su todavía

* *Otras lunas*, Jordi Doce, DVD, Barcelona 2002.

reciente *Lección de permanencia* (Pre-Textos, 2000) supuso la primera noticia de alcance de una obra propia secuenciada desde hace más de diez años en sucesivas entregas de menos difusión que, no obstante, dejaban constancia de una escritura rigurosa en su expresión formal, proporcionada en las distensiones y tensiones de su consistencia física y densamente perfilada en la perspectiva de su dimensión existencial.

Otras lunas confirma la concentración de estos atributos. El libro toma impulso desde la arbitrariedad de los instrumentos tradicionales de la poesía, especialmente los de orden fónico a través del patrón del heptasílabo y el endecasílabo, para sustentar una dicción contenida que invita al recitado y un tono meditativo proporcionado por el hondo calado poético que transita por sus páginas. Lo más sobresaliente para el lector que pruebe el recitado de los poemas será posiblemente la delimitación que el impulso rítmico configura en la forma integrada de cada poema. Recuperada esa dimensión material del lenguaje poético en su capacidad de significación, el carácter articulatorio y sensorial de *Otras lunas* remite a una proporcionalidad, regularidad y melodía que emplaza al sentimiento de la forma. Este sentimiento de la forma, nunca perdido de vista por el autor en anteriores libros, no es otra cosa que la experiencia del ritmo, experiencia que nos trae a la mente los conoci-

dos postulados teóricos de Eliot acerca de la comunicación lírica.

Los dos poemas que enmarcan la estructura bipartita del libro manifiestan esa imposibilidad de separar en *Otras lunas* lo que se dice de cómo se dice. En ambos textos se resuelve la meditación poética de quien fija su escritura, el canto que cuenta, como única resistencia habitable por su ficcionalidad al margen de la vida: «La mano escribe para no morir. / O cuenta el mundo en sílabas contadas / para decir: aquí termina el mundo, / fuera impera la noche / y el frío de la noche, / el lento gotear de las estrellas / y su terco silencio impenetrable».

Precisamente es la noche quien toma cuerpo en la primera parte del libro. «Nocturnos» integra una serie de poemas en los que resuena el eco de la cita de Dante a la entrada del libro: *Tratando l'ombra come cosa salda. Es en la oscuridad donde el mundo encuentra consistencia. Oscuridad que invita a otro modo de ver, a la amenaza y a la promesa, donde la abstracción se asienta sólidamente en lo sensible. La materialidad del lenguaje es la nocturnidad misma al constituir el soporte de un espacio en el que convergen desde distintos niveles de la memoria, la mirada y lo reflexivo, lo sensorial y la meditación: «De aquel ascenso guardo vientos, lápidas, / oscuras yemas ateridas, / hollines de la luz o su descenso, / aulagas dulcemente calcinadas, / calles que daban cauce*

al tiempo / y prevenían su extinción». Abanico de elementos descriptivos como marco a una demorada contemplación que se prolonga como un eco en torno a su núcleo: «Sólo sé / que la carga del tiempo / se me vuelve más cierta al disolverse». «Nocturnos» insinúa un círculo de ondas en las que convergen dos mundos limítrofes, mundos inseparables, decisivos el uno para el otro: la realidad frágil de la conciencia surcada de oscuridades y desconocimientos: «Imprecisas llamadas / desde los rieles de otra vida, / sombras furtivas / que nos tientan y hechizan / con sus frescos racimos de inconsciencia, / puente tendido hacia la nada / de una ficción más habitable / por no habitada, por ficción».

La ceniza, la turba y el limo, su carácter blando y sinuoso como la noche, su cualidad de deshecho orgánico, avanzan por el subsuelo de «El vigilante», segunda parte del libro, como resonancia de los textos anteriores. Los flujos de la mente: «Los cuerpos de la noche te acompañan / al lugar de los sueños, y con ellos / su fardo de visiones y destellos. Los restos del ser en la oscuridad: Toco la noche. Cerca de su centro, / donde el aire no alienta, / comparto la ceguera de la piedra / que rige mi quietud; / junto a mí cruzan bultos, / siluetas azarosas, / cuerpos que pasan y se desvanecen». La vida que permanece al margen de la vida: Resquicio o

duermevela, por aquí / se regresa del sueño. / Hay grietas de luz en los muros / que lo demuestran. «El vigilante» ensaya otras formas discursivas alternando textos en prosa que se acercan a la fábula como esencia de lo alegórico. La inminencia de una revelación ligada a lo que no pertenece al mundo, a lo que está fuera de él, cuando no tenemos más relaciones posibles ni con nosotros mismos ni con nuestra muerte. Ecos de esas parábolas kafkianas sin clave en la figura de este «vigilante» cuya situación es la de quien se perdió a sí mismo, de quien ya no puede decir yo, de quien en su propio movimiento perdió el mundo: «Puso todas sus heridas en fila y echó a andar hasta salirse del mapa». De quien pertenece al exilio, a ese «tiempo del desamparo», de Hölderlin en que «los dioses ya no están y todavía no son». Poemas como «El esperado», «El peregrino» o «La tentación» se implican en un carácter alegórico de tradición bíblica que se recrea libremente y que también resuena como eco de profecía en el elemento simbolista recurrente de la poesía de Jordi Doce: el pájaro. Mito e intelecto para arraigar en la temporalidad trascendente, a veces de índole valentiana como en el poema «La espera», que persigue la mano que escribe bajo el callado círculo de la noche, bajo otras lunas.

Jaime Priede